

como en una onda suavísima de cordialidad y esperanza.

Dolores más tímida, más retraída, no daba expansión a su afecto. Julia prodigábalo en compañera inteligente y entusiasta del pintor y del músico.

¿Qué les importaba la murmuración de los otros? Ni se dieron cuenta cabal de ella.

Ni aún vieron como una tarde al pasar Julia y Dolores por frente al café, les volvieron la espalda todos los señoritos, mientras don Demetrio, el alcalde, decía por lo bajo, con malicia de sultán rufianesco.

—Dejarlas, hombre, dejarlas. Bueno es que alguno les enseñe el camino.



## CAPITULO VI

**L**AS fiestas de *Mérina* son este año anzuelo de regocijo, donde prenden los inmediatos pueblos que acuden a ellas en bulliciosa procesión de mujeres y de hombres.

Razón hay para esto. Hicieron derroche los ediles y descontando en la provincia cinco o seis grandes poblaciones, ninguna otra romería igualó en programa a las de la aldea pescadora.

Puestas de perifollos y prendidas con toda la joyería familiar, andan por *Mérina* las ricachas presumiendo de lujo, echándose unas a otras en

cara; bien lavadas casi todas ellas, novedad grande en sus costumbres, y hasta con sus miajas de colorete en los carrillos, y de lápiz carbón en los párpados, único progreso que aceptaron de las madrileñas.

Estas lucen todas sus elegancias, adornando los cuerpos con huecas batistas recubiertas de encaje; las cabezas con sombrerotes de tul, desbordantes en flores; los pies con botitas de lona que suben hasta la media pierna. Ellas las dejan ver levantando al distraído la falda.

Los señoritos meritanos también echan el resto y van como prisioneros en las ropas no acostumbradas. Aun muestran estas los dobleces del arca donde sufrieron cárcel desde el año anterior.

Bajan los indianos en sus coches, adornadas las caballerías con collares de cascabeles; baja con ellos la india con lujo estrepitoso de muse-linas y diamantes; baja también la prole verdinegra, chupando y rechupando pastelillos y confituras. Apéanse frente al café y aun se

dignan andar un rato entre las criaturas. Presto vuelven al coche, hacen a sus conocidos y tributarios un saludo altivo y abandonan el pueblecillo con majestad ridícula de reyezuelos africanos.

La gente campesina mézclase con la marinera en las anchuras de la plaza.

Repican por ella los panderos; por ella van cantando las mozas y al son de coplas y panderas bailan sin descanso con movimientos de fantoches.

Rebosan las tabernas en parroquianos; no descuidan el traguo las mujerucas; van y vienen por mesas y mostradores las humanas figuras, entre humo de cigarros y vahos repugnantes de alcohol; chorrean vino las espitas, azulea el anís en los vasos; es ámbar, en las medias copas, la caña, y es rosario interminable de mujeres y de hombres el que a los reclamos de la embriaguez acude, sonando la plata y esforzando el ronco vocerío.

En los soportales hacen los mer-

caderes ambulantes exposición de baratijas.

A los puestos donde venden sortijones, collares de aljófar, pendientes de falsa pedrería, pañuelos de seda, peines de cuerno, muñecas de cartón y chupadores para niños, siguen los puestos de cerveza y rosquillas; de nueces y avellanãs; a éstos las ruletas al aire libre; las ruedas de azar a cinco céntimos tirada; los blancos y los pim, pam, pum.

De una bodega hizo teatro la hamponesca comiquería. Al correr de sábanas, que así fueran blancas como grandes, pueden los meritanos ver representadas, por cinco personajes, todas las comedias del antiguo y nuevo repertorio.

Cerca de la Cabaña puso un ciego su historiado titirimundi. Hay que ver por aquellos cristales los países y maravillas de la tierra, con más, escenas del último crimen y del penúltimo naufragio. Cántalos el ciego, acompañado por una guitarra y un violín, en bárbaro romance.

Impreso anda el romance que no

tiene reparo en perpetuar sus versos cojos y sus estupendas asonancias: impreso anda y a *perra* se vende. Hombres y mujeres hacen provisión de él para que al invierno los relea, en la cocina sin pitanza ni lumbre, algún sabedor de letras de periódico.

El tablado para la música es obra del propio Gundemaro que derrochó en adornarlo las exquisiteces de su ingenio. Forró con percalina el maderamen, recubrió con flores de trapo las columnas; puso en el frontis *Mérina augusta 1908*; y anden clarinetes y tambores y trompas.

También el kiosco, levantado para la rifa cerca de la fonda, se adornó con percalinas y flores de papel y de trapo. Hay muchos y no despreciables objetos en él. Dentro de dos jarros de vidrio, prestados por el farmacéutico, están las papeletas. Detrás del mostrador se relevan las señoritas, haciendo dengues y moñines para que abra el bolsillo todo conocido que pasa a los alcances de sus ojos y de su voz.

Duran cuatro días las fiestas y es penúltimo el de hoy. Destinado se halla a correr cintas en la calle larga y a las regatas de traineras y tinas.

Ya pasó la fiesta religiosa organizada en la ermita del Peñascal con misa mayor y sermón dentro, con borrachera fuera y con su golpe de manzanilla y de pasteles en la sacristía, para restauración de estómagos sacerdotales.

Pasó también la comida de pobres, servida a los menesterosos por las señoritas de la localidad. Ceremonia piadosa en la cual los hambrientos, de puro avergonzados, se quedan sin comer; pero, en fin, los ricos dan prueba de humildad y desprendimiento una vez en el año, y esto siempre complace a Dios.

Pasaron por manera igual las cucañas. En ellas alcanzó el premio Güiro con gran regocijo de *la Cantora* que también llevó primer premio en el concurso de repiconas y cantantes.

Ni a la comida de los pobres, ni a

la presidencia y comisión de cucañas, bailes y cantos, fueron invitadas las de Ramírez. Si entraron en la ermita del Peñascal y oyeron misa y el sermón, fué porque no estuvo en manos de Gertrudis y Dorotea cerrarles las puertas de la casa de Dios. A estarlo, con la puerta les hubieran dado en las narices.

La actitud de Gertrudis y Dorotea era resumen de la general inquina. Apoyada estaba por el rencor de los varones que no perdonaban a las escritoras su preferencia por los artistas forasteros.

Había que darles una saludable lección.

Corriendo ello al cargo de Gertrudis presidenta del mujerío por ser la más rica, escusado es decir que no se omitió ofensa para que la lección levantara roncha en el amor propio de las jóvenes.

Ni una señorita faltaba en las tribunas dispuestas para las carreras de cintas. Lugar había para todas e invitación no faltó a ninguna más que a las de Ramírez. Confundidas entre la multitud y acompañadas por

Alberto y Enrique aguardaban el comienzo de aquel número del programa.

Las de las tribunas cuchicheaban señalando con los ojos y algunas veces con los dedos al grupo. Clara estaba la malevolencia en aquel cuchicheo. Dolores lo esquivaba volviendo la cabeza para hablar con *la Cantora* toda peripuesta, apetitosa como fruta en sazón. Julia arrostrábalo cara a cara poniendo sus valientes ojos en los murmuradores. Doña Mercedes, a quien sus años no permitían largas estancias a pie firme, tomó asiento con otra vieja y excelente mujer, en un banco arremado a los soportales.

Güiro en la opuesta fila a la de *la Cantora* clavaba en ésta sus ojazos y decíale con ellos bien a claras lo que no podía decirle con la voz. Recelo era su apartamiento, de que, arremándose a la moza, viérale con ella su padre, borracho de tres días, y moviera un escándalo y una música de coscorriones, número no inserto en el programa.

Era artístico el grupo formado por los ciclistas al fondo de la calle larga. Las máquinas adornadas con flores, parecían ramos. Vestían los corredores camisetas de rayas, pantalón corto y altas medias de lustroso torzal; caían sobre sus ojos los viserones de las gorras y restregaban contra el suelo los pies, calzados por finos zapatos sin tacón.

Ordenólos, para su salida, el juez de campo; rompió la música en acordes, saltaron a sus máquinas los ciclistas y comenzó el juego entre carcajadas de burla cuando el ciclista pasaba por bajo del arco sin alcanzar la cinta; entre gritos de triunfo, cuando enderezado el puntero a la anilla, arrancaba el flotante gironcillo de seda.

Mientras corrían los ciclistas, iban llegando los caballos. Paseaba el triunfador ciclista por frente a la tribuna con la banda de seda cruzada sobre el pecho y ya estaban en fila los jinetes, aguardando el momento de abrir galope a sus monturas. Pasaron y repasaron éstas,

bajo el arco donde flotaban las cintas, con las crines tendidas, los cascos tronadores, los ojos brillantes, las narizotas abiertas, los ijares temblorosos, vuelta blanca espuma la piel. Una ovación estrepitosa pagó la destreza del vencedor jinete. Gertrudis ciñó la banda al pecho de aquel montañés herculiano; y fueron de ver los esfuerzos de él para no soltar el trapo en presencia de la estantigua.

No daba la abundancia de los festejos lugar al descanso. Previo un refresco, servido en la presidencia, encaminóse la multitud al muelle para seguir desde las tribunas a lo largo de la vía el viaje de las traíneras en regata.

Al llegar al muelle se apartaron Alberto y Enrique de las de Ramírez. Ellos tenían bote a cargo de un hermano de Güiro; éste no podía servirles por tomar parte en la regata. Las hijas de doña Mercedes tenían también sitio en la barca de *la Cantora*, que graciosamente las había invitado. Púsose la moza al

timón mientras sus hermanucos empuñaban los remos y echó ría adelante en espera de las embarcaciones.

Guiaba Alberto el timón de su bote y siempre fué la maniobra en consonancia con el deseo suyo, es decir, aproximando la embarcación a aquella donde estaban las jóvenes.

Era el viaje de las traíneras corto. Llegar a la Peña Grande y volver.

Diez embarcaciones con seis remeros y un timonel se disputaban la victoria. Habían puesto sus dueños esmero en el adorno; y eran las embarcaciones canastillas de flores que sólo dejaban libres de capullos y de hojas el sitio del remo y el desplazamiento del timón.

Los hombres, desnudos de medio cuerpo arriba, con los fuertes torsos al sol y las juveniles cabezas empalidecidas por los anhelos de la brega, frotábanse las manos y afirmaban en el banco frontero los desnudos y musculosos pies. El patrón, apoyándose en la caña, aguardaba ansioso la señal.

Vuelo fué el viaje de las traineras. Como cetáceos en huída deslizábanse sobre las aguas; eran los remos en su caer acompasado, en su brioso voltear, aletas formidables a cuyos empujes rompían las olas en penachos de nácar.

Apenas si a la ida hubo distancia entre unas y otras; escoltadas de lejos por los botes y lanchas llegaron a la Peña Grande. Una hábil virada de Güiro le dió ventaja sobre sus rivales y con diez metros de adelanto pasó la trainera suya por frente a la embarcación donde patroneaba *la Cantora*.

—¡Tesa!... ¡Tesa!...—gritó Güiro a sus tripulantes.

—¡Tesa!... ¡Tesa!...—respondió *la Cantora*, poniéndose en pie sobre su barca.

Los seis remeros se alzaron sobre los bancos, hasta ponerse en pie para reforzar el remazo; sus brazos contrajeron las musculaturas hercúlianas, sus piedras se apelotonaron para dar embite a los cuerpos y sus altos pechos crugieron sordamente.

Como hilos de brillantes chorreaba el sudor por sus testas. La trainera dobló su avance y atravesó como una flecha por delante de las tribunas.

—¡Bravo, Güiro, bravo!—clamó la multitud prorrumpiendo en aplausos.

Gertrudis alargó al mocetón la cinta de seda y la bolsa con treinta duros que juntos componían el premio. Güiro, guardándose la bolsa, enganchó la cinta a uno de los remos y alargándosela a la cantora, gritó:

—¡Allá te vas mozuca!...

Al volver del muelle para reunirse con su madre tuvieron Dolores y Julia que pasar por entre el señorío, y fué tan manifiesto el desdén de todos hacia ellas, tan claro el ponerse de espaldas para negarles el saludo, que a Dolores se le vinieron lágrimas a los ojos y Julia palideció mordiéndose los labios.

*La Cantora*, hecha lazo sobre el cuello la cinta, tornaba los ojos a Güiro que partía con sus tripulantes el dinero de la regata.



## CAPITULO VII

**D**IA último de fiestas y domingo por añadidura, no hay que decir si el bullicio y la aglomeración de meritanos y feriantes serán grandes en la plaza, en la alameda y en los medios y soportales de la calle larga.

Desde amanecido no hay quien duerma: de un lado la música que recorre las calles; de otro los cohetes y bonilas, que de cuarto en cuarto de hora se disparan frente al Ayuntamiento, pusieron a la aldea en pie.

Acabada la misa mayor, donde Gundemaro lució al órgano sus habilidades y llevó el tiple en la cantata,

fueron las señoritas a dar un paseo en la alameda; fueron las mozas pescadoras a recrear sus ojos en los puestecillos ambulantes; fueron los ricos al café, y los pobres hicieron invasión sobre las tabernas.

Hacia una mesa, en torno de la cual están el alcalde y unos cuantos jóvenes meritanos, se acerca Gundemaro resplandeciente de satisfacción y de indumentaria.

Va el hombre hecho un brazo de mar. Un chaqué negro se abre en ala sobre el chaleco que descubre la replanchada camisa de alto cuello y la corbata de nudo a que sirve de alfiler una moneda cántabra.

El pantalón ancho y corto, como falda recogida en previsión de barro, pone el tobillo al descubierto para enseñar el calcetín de seda y los zapatitos de charol con las cintas en moña. Un sombrero flexible deja caer el abanico de sus alas sobre la melena medioeval; y la barba gótica se desploma contra el pecho, transpirando esencias y reflejando brillantinas.

Antes de llegar a la mesa, cede paso a dos pescadoras que, cesto en cabeza, se dirigen hacia el muelle a recoger la pesca.

*La Cantora* es una, y la otra Pepona, mozona saludable y bestial que entra con todo y con todos si el arri-mo es de su gusto.

Al verla se alza de la mesa el alcalde, y, al distraído, endereza hacia ellas el andar.

—El día cuadró bien por la mar— dice la Pepona.

—Llenas vinieron las traineras— responde *la Cantora*.—Démonos prisa que hay que coger la pesca y venderla y pa antes del baile estar comías y vestías, al conque de no perder ronda.

—Por la pesca ¿eh?—dice el alcalde acercándose a las dos muchachas.

—¿Qué hacerle?—reponde *la Cantora*.

—¡Ay, si fueras pez tú!...

—Guardárame para no caer en el su trasmallo. Quédese con Dios, don Rodrigo.

—Bajo con vosotras. ¡Guapa estás, mozuca! Buena suerte tiene el animalote de Güiro.

El alcalde sigue a las pescadoras por los escalones del muelle mientras Gundemaro, acercándose al velador, saluda con una cortesía Renacimiento y un "felicis, señores".

—Siéntate—dice a Gundemaro uno de los testigos.

—Gracias—responde él;—voy a otra mesa, donde ya me llamaron.

Y señala un velador en que platican Alberto, Enrique, y Pepe Robles, joven meritano que, terminados sus estudios ingenieriles, abandonó el pueblo y sólo vuelve a él con su mujer y con sus pequeñuelos, durante la época de verano.

—Venga acá, Gundemaro, venga acá y acompáñenos—exclama Enrique.—¡Cerveza!...—sigue, encarándose con el mozo.—¿Y usted, Gundemaro?

—¡También cerveza!—Pero en el jarro mío.—Ya lo sabe Julián, (Julián es el mozo), un jarro auténtico holandés, siglo XVII.

—El siglo XVII es tu límite—exclama Pepe riéndose a carcajadas.—De ahí para adelante no transiges ni con la vajilla.

—Transijo; esa es la palabra, transijo con la actualidad; pero mi vida está en las edades que pasaron, en los recuerdos que evoca esta *Mérina Augusta*, favorita de los romanos Césares, fortaleza de los godos monarcas, señorío de los Moncadas y Salsueñas, emporio donde los reyes castellanos juntaban mesnadas y prevenían flotas... ¡Oh, *Mérina Augusta*...!

—Para, hombre, para—interrumpe el ingeniero,—ya conocemos el discurso. Además, nos traen la cerveza.

—El jarro es precioso — dice Alberto examinando el que pone el mozo, junto a Gundemaro.

—Pertenece a mi pobre museo.

—No tan pobre. El Cristo bizantino es una maravilla.

—Comprendo — sigue Gundemaro, — que son chifladuras estas aficiones arqueológicas en un mísero se-

cretario de ayuntamiento; pero se lo juro, así en el museo, cuando estoy solo con mis cachivaches, como en el municipio, cuando hojeo las escrituras y privilegios de esta noble ciudad, imagino vivir aquellas épocas y aun me supongo uno de los esforzados varones que acompañaron a San Fernando en la conquista de Sevilla.

—De tipo anda usted justo: esos miembros recios, esa barba larga y cuadrada, esos bigotes lacios... Poniendo sobre la melena un capacete sería su imagen rediviva. Tengo en mi estudio una moneda de Teodorico que es la cara de usted.

—¿De veras?... ¿Cree usted que hay algún parecido?... ¿No se burla de mí?...

—El rey godó nos libre...

—Como sigan ustedes jaleándole —añade Pepe— es capaz de plantarse el capacete e ir con él al Ayuntamiento. Y sería triste que, viéndole en tal guisa mi tío Rodrigo, el alcalde, que no entiende de numismática, le soltara dos ternos y nuestro

rey godó tuviere que meterse debajo de una mesa con capacete y demás adminículos.

—¡Ay, hijo!... ¡Tienes bromas de un gusto detestable!

—No vale enfadarse conmigo; sabes que te aprecio. En esta aldea, de donde me escapé haciendo fú como los gatos, eres la única persona que tiene entendimiento y, lo que vale más aún, bondad de alma.

Gundemaro sonrío agradecido y el diálogo continúa entre sorbo y sorbo de cerveza, dando tiempo a la aparición de dos señoras que se dirigen al kiosko. Hay en éste unas forasteras que vanamente acuden a los reclamos de sus ojos y de su sonrisa para atraer clientela.

Una de las recién llegadas acusa más de los sesenta. En vano procura encubrirlos con afeites y monerías; la edad habla por las arrugas de su piel.

Viste ropa de colorines; tantos y tales son que, vista de lejos, guacamayo parece. La falda es de rosa; el corpiño verde, de un verde rabioso e

irritante; azul la sombrilla; verde también, con flores y lazos, el sombrero. La cara escarapate de perfumería. En ella campear el blanco mate de Matilde Díez, el colorete persa, el negro indio para cejas y pestañales, los polvos de Suabia y otros indocumentados menjurges.

Cuando habla la momia restaurada, pone en su voz tonos infantiles y si anda trata de hacer la pizpireta airosa y moceril.

Es ella, Florentina, virgen sin claudicar; es quien la acompaña, Dorotea, ama del vicario, jamona substanciosa, recoleta de ojos y ademanes, larga de lengua y de malicias.

—Ahí tienen ustedes—dice Pepe señalándolas—dos ejemplares de la soltería aldeana; dos finales de juventudes femeninas que agotaron, aguardando un novio que no vino. Florentina cristalizó en los dieciséis años. La mocedad concluyó para su cuerpo, pero ella no se entera. Vive en perpetuo limbo. La otra, viendo que el casorio era una ilusión, buscó

arrimos y se hizo ama de cura a los treinta y cinco años.

—El diablo harto de carne...

—A la carne creo que no llegó hasta entonces. ¡Qué remedio! O morir solteras terminando en entes ridículos como Florentina, o buscar un pabellón que la preserve de la miseria y de la soledad como hizo Dorotea.

Tal es el porvenir de las jóvenes pobres en nuestras aldeas. Otro no lo tienen, so pena de tirar por la calle de enmedio. Como son curiosos los ejemplares y ya se despiden de esa otra correligionaria, voy a presentárselas a ustedes. A título de modelos, merecen su atención.

Pepe, seguido por los tres amigos, se dirige a las dos mujeres.

—La muy pícara nos ha retrasado más aún—dice Florentina a su acompañante.—¡Y esas señoritas que están aguardando el relevo!

—Que lo aguarden, hija, que lo aguarden—responde Dorotea, — no iba a dejar por ellas la organización de la novena. ¡Valientes niñas! Todo

el rosario pasáronse haciendo carantoñas a los hombres. Ni el templo respetan las muy...

—Para el amor no hay lugar sagrado.

Dorotea va a contestar, cuando Pepe, acercándose e inclinándose ante Florentina, exclama:

—¡Queridísima tía!...

—¡Doña Florentina!—repite Gundemaro inclinándose.

—Florentina, Gundemaro, Florentina. Aún no casé para llevar Don. ¡Hay tan pocos partidos serios y convenientes! — añade encarándose con los demás.

—Que lo digas — confirma Dorotea.

—Me permito presentar a ustedes —sigue Pepe— a estos dos señores. Son...

—Ya los conozco—responde Florentina. Mi casa da enfrente del hotel. Algunas mañanas, cuando entreabro el balcón, veo a ustedes en sus habitaciones. También ustedes deben de haber reparado en mí.

—¿Cómo no?—dice Enrique.

—Hay cosas en las que se repara siempre—añade Alberto.—A esta señora...

—Señorita — interrumpe la Dorotea.

—Cierto. Excúseme la distracción. A esta señorita la veo siempre que entro en la iglesia, para admirar sus joyas de arte.

—Por cierto que usted y el señor—gruñe Dorotea señalando a Enrique—cuando van a la iglesia, hablan a gritos, como si en vez de iglesia fuera aquello un teatro. Yo con ustedes pierdo mi devoción y estropeo mis rezos. El señor cura piensa hablar a ustedes para suplicarles que sean más respetuosos.

—No hace falta. Desde hoy, cuando entre en la iglesia, cerraré la boca y no digo los ojos, porque me privaría del gusto de mirar a usted.

—Déjese de requiebros.

Esto lo dice Dorotea bajando los ojos y retornándolos para dirigir a Alberto una mirada chispeante.

—¿Estuviste en la alameda, Florentina?—preguntó Gundemaro.

—Un ratito. Por hacer tiempo. Ya ves que voy en traje de mañera.

—Le sienta a usted admirablemente.

—No tiene nada de particular. Es sencillísimo.

Y la momia se contonea desplegando ante los jóvenes el espectáculo de su arlequín.

—¡Sencillísimo!—murmura Enrique al oído de Alberto; y de unos golpes verdes que no hallaras en la montaña; apúntalo.

—¿Había mucha gente? — dice Gundemaro.

—Bastante. Yo estuve con Gertrudis. Pronto vendrá. Le toca despachar con nosotras.

—Tan hispada como siempre estaría. Mujer más orgullosa—refunfuña Dorotea. Y todo por sus cuatro ochavos. ¡Quién la mirara si no fuera por ellos!

—Pues Rodrigo apenca con ella.

—Los ochavos, hija, los ochavos. Aquí no se mira más que eso. De suerte que a quienes les tocó nacer pobres, solteras deben morir.

No es cosa de aceptar al primero que viene o dejarse ganar por las aves de paso, como hacen algunas que yo sé.

—¡Ya, ya!—exclama Pepe—cortando la maledicencia de la beata presumida. — ¿Conque a despachar papeletas, y después al baile? porque irán ustedes al baile...

—Yo no. Me invitaron, naturalmente; pero el baile es diversión algo deshonesto. A la rifa vengo, porque se trata de los pobres.

—Yo, si voy al baile—grita infantilmente la de los golpes verdes.—Bastante se aburre una durante los inviernos para desaprovechar estos esparcimientos, que son el encanto de la juventud.

—Cuidao tía — que los hay muy audaces y aprietan las cinturas de las bailarinas.

—¿Quieres callar Pepe? ¿Olvidas que no hablas con mujeres casadas?

El vejestorio sale andando mendigo y púdico hacia el kiosko, seguido por la del vicario.

—Ahí tienen ustedes el porvenir

de las señoritas pobres en nuestra aldea — dice Pepe a los forasteros. Menos mal cuando son, como éstas, cortas de inteligencia y nacidas en la propia jaula.

—Verdad—murmura Alberto.

—¿Quieren que veamos descargar el pescado? Es una faena distraída.

—Y para mí conveniente mirarla. Uno de mis cuadros ha de inspirarse en el asunto.

—Póngale por fondo la iglesia—in-sinúa tímidamente Gundemaro. — El románico de su arquitectura haría digno parangón a las olas de este mar altivamente histórico.

—Vamos a la descarga del pescado — interrumpe Enrique. — Las marineras andan superiores de pantorrillas. ¿Fueron siempre así las pantorrillas en *Mérina augusta*, querido Gundemaro?

—No hablan de ello las crónicas.

—Es lástima. La pícara historia siempre deja en el tintero lo mejor.

Y los tres hombres bajan riendo por las escaleras del muelle.

Alberto les sigue pensativo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO VIII

**P**OR los escalones del muelle sube *la Cantora* con el cesto de pescado sobre la cabeza y los brazos en jarra. Detrás va Güiro, descalzo de pie y pierna, comiéndose a la moza con el hambre de su mirar.

—Anda, anda un poco adelante de mí, pa que yo te vea moverte. ¡Dios, y qué mujeruca te has hecho!

—Mujer soy dende que nació—responde ella sin volver la cabeza, pero aflojando el paso para que el otro se le acerque.

—Pa menos tiempo va que cayeron en la cuenta los hombres. Pa mí